

Vanni Blengino

LA ZANJA DE LA PATAGONIA

LOS NUEVOS CONQUISTADORES: MILITARES, CIENTÍFICOS, SACERDOTES, ESCRITORES

Introducción

José Luis Romero, en *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, considera que las motivaciones de los españoles para fundar nuevas ciudades en el territorio que acababan de conquistar y para destruir las antiguas ciudades indígenas que habían encontrado en el camino, respondían a un solo designio, el de inventar una nueva Europa.¹ Al principio, España concibe su imperio como una *red de ciudades* que tiende a anular la realidad preexistente y que, a su vez, extiende un muro como defensa preventiva frente a la contaminación que puede producir el “mestizaje” y la “aculturación”. Así, la ciudad se sobrepone a la humanidad y a la naturaleza americana, pretendiendo borrarlas.

Por lo tanto, se actúa con una *ignorancia intencional*,² como si los territorios conquistados fueran un magnífico contenedor vacío, no sólo de humanidad, sino también de naturaleza humanizada, y sobre esta materia inerte, los conquistadores se disponen a diseñar un nuevo mapa con un nuevo léxico que corresponde a los deseos y a los intereses de la corona y a las propias conveniencias personales. Sin embargo, la humanidad precolombina continúa existiendo; no es fácil y tampoco conviene borrarla totalmente, pero se actúa como si estos

¹ “El aniquilamiento de las viejas culturas –primitivas o desarrolladas– y la deliberada ignorancia de su significación constituía el paso imprescindible para el designio fundamental de la conquista: instaurar sobre una naturaleza vacía una nueva Europa, a cuyos montes, ríos y provincias ordenaba una real cédula que se les pusieran nombres como si nunca los hubieran tenido” (J. L. Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI, 1976, p. 12).

² El ensayo latinoamericano recurre a menudo al par oximórico conocimiento-ignorancia. Un buen ejemplo es “La magnífica sabiduría con la cual fue organizada la ignorancia de este país” (R. Scalabrini Ortiz, *La política británica en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1965, p. 46). También la paradoja, como el oxímoron, abunda en el ensayo latinoamericano. Su presencia no siempre responde a exigencias lógicas o retóricas, sino que es consecuencia de una realidad que por el hecho mismo de existir contradice al buen sentido europeo.

hombres (y esta naturaleza), ya en poder de los conquistadores, no existieran. No es casual que la noción de *desestructuración* haya sido tan funcional y tan rica en posibilidades de aplicación para los historiadores modernos de la conquista de la América española.³ Estos mecanismos de hegemonía, que arrastran religiones, sociedades y etnias enteras, van a la par con la destrucción de algunas de las maravillosas ciudades que existían antes de la conquista, desde Tenochtitlán (la actual ciudad de México) hasta Cuzco en Perú. Aunque los conquistadores fueran sensibles a la belleza de estas ciudades (se conoce el asombro de Cortés ante la belleza de Tenochtitlán), igualmente proceden, sin titubeos, a su exterminio.⁴

La conquista de América nace bajo el signo de la destrucción y de la invención: nuevas ciudades con nuevos nombres sustituyen a las existentes. No se puede ignorar hasta qué punto esta arbitrariedad que inventa ciudades y les atribuye un nombre estimula la omnipotencia y la fantasía de sus ejecutores, una empresa en muchos aspectos simétrica a la del escritor y a la de la literatura. Y no es casual que la moderna literatura latinoamericana se inspire y recorra nuevamente, con una convergencia paralela, el camino de la fundación de las ciudades existentes y contribuya, además, a enriquecer la geografía imaginaria y real con la invención de nuevas ciudades. Daniel Moyano, en el cuento “Sobre el arte de fundar ciudades”, en *El trino del diablo y otras modulaciones*, inventa los orígenes de su ciudad: La Rioja. Según la hipótesis de este escritor, la ciudad habría sido fundada en un lugar equivocado. En realidad, los conquistadores se dieron cuenta de que el río indicado por los topógrafos, a cuyas orillas debía nacer la ciudad, no se encontraba allí, sino a 200 kilómetros de distancia; por este motivo, el territorio elegido para la fundación de La Rioja es árido y hostil. Pero Juan Ramírez de Velasco, el jefe de la expedición, se opone a la sugerencia de cambiar de sitio la ciudad; así, el padre Francisco, apoyando al conquistador, justifica la fundación: “Nuestra Rioja será pobre pero sus habitantes, hombres en devenir, serán la reserva espiritual, el refugio de los justos, el paraíso de los metafísicos; y tanta carencia como decís será suplantada por la Esperanza, que es una virtud teologal. Y todo ello para mayor gloria de Dios y también de nuestro Rey”. Frente a esta perspectiva consoladora, los soldados se resignan y la ciudad surge allí donde fue fundada por un cálculo equivocado.

³ Véase R. Romano, *I conquistadores: meccanismi di una conquista coloniale*, Milán, Mursia, 1974; Nathan Wachtel, *La visione dei vinti*, Turín, Einaudi, 1977 [trad. esp.: *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)*, Madrid, Alianza, 1976].

⁴ Véase F. Aínsa, *De la edad de oro a Eldorado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

Tampoco Borges, antes de Moyano, había resistido a la tentación de refundar su ciudad. En la poesía “Fundación mítica de Buenos Aires” se pregunta: “¿Y fue por este río de sueñera y de barro / que las proas vinieron a fundarme la patria?”. Ante esta pregunta propone una respuesta de la cual deriva una tercera fundación (la mítica) de Buenos Aires:

Dicen que en el Riachuelo,
pero son embelecados fraguados en la Boca.
Fue una manzana entera y en mi barrio: en Palermo.
Una manzana entera pero en mitá del campo
expuesta a las auroras y lluvias y suestadas.
La manzana pareja que persiste en mi barrio:
Guatemala, Serrano, Paraguay, Gurruchaga.⁵

Borges traslada la ciudad desde la desembocadura del Riachuelo, donde surge el barrio de la Boca, al barrio de Palermo, donde él había nacido. Reitera en esta circunstancia uno de los abordajes americanos que vincula la ciudad a la historia personal y familiar. Un año después de la publicación de *Cuaderno San Martín*, libro al que pertenece esta poesía, en una nota a *Evaristo Carriego* (1930) volverá a la relación personal con la historia del país, afirmando que “solamente los países nuevos tienen pasado; es decir, recuerdo autobiográfico de él; es decir, tienen historia viva”. Una relación sorprendente ésta, pues para un europeo el pasado representa una herencia secular y el recuerdo del pasado es parte de la memoria colectiva.

En América no solamente se cambian de sitio y se vuelven a fundar las ciudades a voluntad, sino que también se inventan otras nuevas. Las ciudades literarias enriquecen la geografía del imaginario latinoamericano desde la Santa María de Onetti y el Macondo de García Márquez a la Colonia Vela de Soriano. Es inevitable evocar a Faulkner como precedente, pero no se puede negar que Yoknapatawa encontró un terreno fértil en un contexto que ya desde el siglo XIX poseía sus propias ciudades literarias (pienso en la Argirópolis de Sarmiento, en el Pago Chico de Payró, en las ciudades de las utopías proletarias rioplatenses de los primeros años del siglo XX: desde la socialista de Dittrik a la anarquista de Quiroule).⁶

Sin embargo, las ciudades inventadas por Onetti, García Márquez y Soriano, fundadas en un territorio precursor de grandes promesas que tenía que asegurar un futuro de progreso y de bienestar, concluyen sus trayectorias prematuramente y con un destino a menudo trágico.

⁵ J. L. Borges, *Cuaderno San Martín*, en *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 81.

⁶ F. Weinberg, *Dos utopías argentinas de principio de siglo*, Buenos Aires, Hachette, 1976. Sobre la Argirópolis de Sarmiento véase V. Blengino, *Il viaggio di Sarmiento in Italia. Analogie, utopie, polemiche*, Roma, Edizioni Associate, 1996.

Macondo desaparece absorbida por la selva colombiana; Santa María, destruida por un incendio, vuelve a mimetizarse con la planicie uruguaya y argentina; Colonia Vela se paraliza con la dictadura militar. Llama la atención, en este contexto, el destino singular de las ciudades patagónicas: las míticas ciudades de los Césares, de las *cúpulas de oro*, un espejismo que durante siglos atrae expediciones militares que se aventuran en aquellos territorios desconocidos. Los soldados no son los únicos protagonistas de tales empresas. No faltan los misioneros, y entre ellos está el jesuita Mascardi, quien durante muchos años recorre estos extensos territorios habitados por pueblos hostiles. Pero no pueden ignorarse las ciudades del siglo XIX que surgen a raíz de la colonización inmigratoria siguiendo las huellas del progreso. Cuando comienza el siglo XX y la colectividad italiana ya se perfila como la comunidad europea más numerosa del Río de la Plata, estos inmensos territorios exaltan la fantasía urbana y el orgullo nacional:

¡En qué se convertiría este país en manos de cien mil italianos, pensaba desde lo alto de mi observatorio! ¡Quién lo reconocería de acá a cincuenta años! Los pueblos cambiarían, en los flancos de las colinas ahora sepultadas bajo una vegetación impenetrable, crecerían las hileras de viñedos y se amontonarían las cañas de azúcar; los ásperos valles se animarían con los olivos, los estuarios de los ríos irrigarían los inmensos arrozales.⁷

Los nuevos conquistadores cancelan de la percepción, como los españoles en el siglo XVI, la naturaleza y los hombres que han domesticado. Pero en el siglo XIX ya no se invoca la autoridad del rey y ya no es la avidez de viejos, nuevos o improvisados hidalgos la que traza con la espada los signos palpables de su presencia sobre una naturaleza y una humanidad anulada y sometida a la propia voluntad. Si existe un poder superior, éste es el progreso. La evolución borra el anacronismo de naturaleza y de humanidad que en la Patagonia tiene ahora un nombre más científico, más laico: prehistoria. Sin embargo, a comienzos del siglo XX, sólo existen vagas huellas de las grandes metrópolis, de la nueva Buenos Aires que el general Roca –el conquistador de la Patagonia– vislumbraba en la desembocadura del Río Negro. Las grandes ciudades no se ven todavía. En años recientes, cuando la crisis argentina ya se perfilaba en el horizonte pero nadie imaginaba aún la gravedad de la amenaza y eran muchos los que la conjuraban, el presidente Alfonsín toma una iniciativa clamorosa. En 1985, apenas tres años después del desastre de la guerra de las Malvinas y cuando habían pasado sólo pocos años de la dictadura criminal de los militares, la Argentina deseaba vehementemente borrar el reciente pasado y recuperar la convicción –compartida por millones

⁷ G. Bove, *Note di viaggio nelle Missioni ed Alto Paraná*, Génova, Istituto Sordo- Muti, 1885, p. 37.

de inmigrantes europeos– de ser aún un país con inmensos recursos, tan grandes como extenso era su territorio. Alfonsín propone, entonces, transferir la capital a Viedma-Carmen de Patagones, dos pequeñas ciudades conectadas entre sí a orillas del Río Negro. Precisamente en el lugar donde el general Roca había previsto el nacimiento de una metrópoli patagónica, de una “nueva Buenos Aires”. A pesar de que la situación económica argentina era muy precaria y de que una empresa de tal alcance significaba un gran esfuerzo económico y humano, la propuesta fue recibida con entusiasmo tanto por los asesores del presidente Alfonsín como por la opinión pública y por la misma oposición. El acuerdo unánime no impidió que se manifestaran dudas acerca de la oportunidad del proyecto, pero nadie cuestionó su legitimidad y factibilidad. Sin embargo, el hecho de que los mismos sostenedores, después del clamor inicial suscitado en todo el país por la perspectiva del traslado de la capital a la Patagonia, dejaran de lado el proyecto, abrumados por una situación económica insostenible, demuestra la veleidad de la propuesta. De todas maneras, este replanteo de la Patagonia revela las profundas raíces de este mito en el imaginario argentino, que nace de la naturaleza de la propia tierra.

Finalmente, existe un moderno, más bien posmoderno, mito de la Patagonia que, si bien se nutre de los precedentes, se sobrepone a todos ellos: la tierra patagónica como reserva ecológica. La naturaleza vaciada para dejar espacio a los grandes proyectos, desde la conquista hasta la expansión capitalista, vuelve a visualizarse como una página en blanco, como si nada hubiese ocurrido. La Patagonia como reserva ecológica no es el resultado de un proyecto que tiende a preservar una naturaleza incontaminada, sino la consecuencia de una estratificación de sueños quebrantados, desde las utopías de la Ciudad de los Césares a los del progreso y a los de la capital de un país en crisis. Y la formulación de la utopía patagónica del siglo XIX como una utopía realista, si cabe el oxímoron, es legitimada por la certeza de la superioridad del propio proyecto, del derecho sacrosanto de la civilización sobre la barbarie.

En la segunda mitad del siglo XIX, tanto para la Argentina como para muchos otros países americanos, la presencia de una frontera interna funciona como estímulo y desafío para medir las propias ambiciones de expansión. En efecto, todas las naciones del continente, durante el período de la conquista, el período colonial y el período posterior a la independencia del poder metropolitano, se configuran como territorios en continua expansión, cuyas fronteras internas mantienen límites muy elásticos. Sin embargo, en la Argentina, la guerra con el Paraguay (1865) había dejado desguarnecidos los fortines que constituían las avanzadas militares que defendían las fronteras en el sur de Córdoba hasta el sudoeste de Buenos Aires.

A comienzos de la década de 1870, los indios al mando de Calfulcurá (o Callvulcurá) y de su hijo mayor Namuncurá llegan con sus malones desde Bahía Blanca hasta Tres Arroyos y 25 de Mayo, en las proximidades de Buenos Aires. Se trata de una verdadera guerra entre antiguos y nuevos americanos, entre prehistoria y modernidad, con un desenlace previsible, pero cuya conclusión se postergará en el tiempo. Cuando Nicolás de Avellaneda asume la presidencia en 1874, tanto el gobierno como la oposición saben que la solución al problema de la frontera interna no puede ser postergada. Se trata de un anacronismo que debe ser cancelado.

La sociedad está en plena evolución. En lo que respecta a sus dimensiones, a la modernidad de sus estructuras sociales y a la heterogeneidad del origen nacional de sus habitantes, se puede decir que Buenos Aires ha iniciado una metamorfosis que en pocos años la transformará de gran aldea en metrópolis multiétnica. Inmigrantes y capitales ingleses llegan a su puerto e imprimen al país un ritmo acelerado de transformación que sorprende no sólo a los argentinos, sino también a numerosos europeos: políticos, periodistas y hombres de cultura que tienen alguna relación con el Río de la Plata.

Sarmiento, como periodista y político, antes, durante y después de su presidencia de la República (1868-1872), sigue paso a paso las grandes construcciones arquitectónicas y las reformas urbanas que tratan de orientar la expansión de la ciudad: el teatro Colón, el Club del Progreso y otras ambiciosas construcciones. Él mismo sugiere el perfil arquitectónico de un monumento a la Independencia. Sigue con atención el trazado de las grandes arterias que anticipan la fisonomía de la futura metrópoli. Al describir los progresos de la capital recurre a analogías con los grandes bulevares parisienses, con la torre Eiffel, con la *Piazza del Popolo* y la *via Flaminia* de Roma, con los transportes ferroviarios y fluviales de Nueva York y Amsterdam, con los puertos de Barcelona, Londres y Génova. Todas estas ciudades y otras más ayudan a visualizar la ciudad que crece a orillas del Río de la Plata. Es un mosaico, el de Sarmiento, compuesto por muchas piezas distintas que, sin embargo, forman un diseño rigurosamente unitario que tiene como punto de referencia la modernidad en la que se inspira la ciudad que nace.

El mosaico arquitectónico se corresponde con un mosaico humano en el que convergen diferentes lenguas y dialectos, costumbres y culturas de los emigrantes de la Europa meridional (italianos y españoles), del Medio Oriente y de la Europa oriental que están poblando una ciudad, cuya clase dirigente sueña con París y abre las puertas de la nación al capital inglés. También los inmigrantes y sus hijos –es previsible– se integrarán en una sociedad pluralista, tolerante con los diferentes cultos y tradiciones, que tendrá una Constitución liberal que orientará la sociedad hacia un futuro de bienestar tanto a los

hijos de la Argentina tradicional como a los de la Argentina inmigratoria. La confianza en el progreso y la modernidad es la esencia del utopismo de Sarmiento, un utopismo “realista”, en plena sintonía con el espíritu de los tiempos: “Las utopías se proponen –la cita de Bazko se refiere al siglo XIX– como soluciones que deben ser aplicadas *hic et nunc* [...]. Las representaciones de las distintas sociedades se sitúan en un futuro que estaría al alcance de la mano. Futuro imaginado, es cierto, pero para nada quimérico ni sostenido por un discurso artificioso: su advenimiento estaría asegurado por el camino mismo de la historia”.⁸ Sarmiento ve la ciudad que *no existe*, pero no duda –y no faltarán ocasiones para verificarlo– de que muchas de sus previsiones son simplemente anticipaciones de un proceso cuya realización es inminente. El utopismo de raíz positivista y evolucionista va más allá de la percepción del dato inmediato y ve lo que el curso de la evolución social sacará inevitablemente a la luz. No hay duda de que en los países con enormes territorios disponibles, contenedores vacíos, con “desiertos” a disposición, el utopismo realista encuentra su terreno ideal.

Quiero subrayar otro aspecto de la percepción utópica del siglo XIX que opera en una dirección contraria a la indicada por Bazko, pero que, sin embargo, es complementaria de aquélla. Me refiero a aquellas circunstancias en las que el dato de la percepción no está ligado a su devenir, sino a lo que *desaparece*. Un verbo éste muy difundido en las crónicas argentinas sobre la campaña del desierto de 1879, la campaña militar que cierra definitivamente la cuestión de la frontera y que destruye toda resistencia indígena, desde el extremo sur de la provincia de Buenos Aires hasta la Patagonia. Con el término *desierto* se designa, no a un espacio deshabitado, sin vida, sino a los territorios de la pampa y de la Patagonia ocupados por los indios. La frontera que avanza sobre la pampa contribuye a hacer desaparecer no sólo físicamente a los indios que ocupan estos territorios, sino que también transforma la naturaleza, condiciona y selecciona la fauna primitiva. Los observadores políticos, militares, religiosos y ‘en particular’ los hombres de ciencia (naturalistas y antropólogos) describen a estos hombres y a esta naturaleza con plena conciencia de que lo que perciben está por desaparecer. El presente, comprimido entre el pasado y el futuro, se traduce en la oposición entre prehistoria y modernidad. Se trata de un proceso que abarca toda América Latina:

Grupos heterodoxos y disconformes podían, entre tanto, elevar su clamor en favor de los indígenas sometidos y explotados [...]. Pero la reacción inmediata de los sectores que representaban el progresismo y la mentalidad burguesa fue la que se manifestó en las campañas militares como la que en la Argentina encabezó el general Roca, o las que promovió Porfirio Díaz en Sonora y

⁸ H. Bazko, “Utopía”, en *Enciclopedia*, Turín, Einaudi, 1981.

Yucatán, o la que terminó con la guerra de Canudos en Brasil. Todo lo que se oponía al desarrollo lineal y acelerado del mundo urbano y europeizado era condenable, constituía una rémora y merecía ser eliminado. Juiciosos sociólogos convenían en que nada podía obtenerse de las degradadas poblaciones aborígenes. En su libro *Nuestra América*, el argentino Carlos Octavio Bunge terminaba bendiciendo el alcoholismo, la viruela y la tuberculosis que diezaban a las poblaciones indígenas y africanas.⁹

La oscilación semántica, que es evidente en muchos testimonios sobre la campaña del desierto y que se manifiesta en términos clave del liberalismo hegemónico –como *civilización* y *barbarie*, *desierto* y *progreso*– traiciona en el léxico la fuerte tensión a la que la transición del pasado al futuro somete a muchos de sus protagonistas.

La Patagonia –una vez conquistada– continuará siendo una promesa incumplida, un espacio a la espera de metrópolis y de colonos. Don Bosco soñaba con evangelizar a millones de almas en aquellos territorios, pero en la realidad los indios que podían ser convertidos eran muy pocos. Los proyectos se volverán mucho más modestos o serán olvidados. Precisamente por eso, la Patagonia conserva todavía el poder de estimular la imaginación tal como ha sucedido desde la conquista en adelante, al principio como Eldorado y posteriormente como paraíso de los naturalistas. Una caja de Pandora al revés alimentada de ilusiones y esperanzas. El fracaso parcial de la utopía patagónica rescata la posibilidad de un espacio suspendido entre realidad e imaginación, entre prehistoria y posmodernidad.

⁹ J. L. Romero, *Latinoamérica...*, *op. cit.*, pp. 310-311.